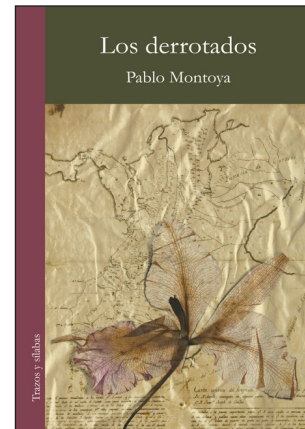


## Los derrotados

Pablo Montoya  
Medellín: Sílabas Editores, 2012<sup>1</sup>

Por Lucas Cadavid Arango<sup>2</sup>,  
Universidad de Medellín  
[lcadavid@udem.edu.co](mailto:lcadavid@udem.edu.co)



Tengo el gusto, enorme, y por demás, más allá de mis posibilidades, de presentar a quien no necesita presentación. Pablo Montoya, a quien ustedes ya conocen o conocerán por sus libros, tiene para mi afecto dos cualidades fundamentales: la primera, que fue mi profesor, y como profesor uno de aquellos que no se olvidan, que dejan impronta en el gusto por el saber, y en ciertas elecciones del intelecto; la segunda, que es un camusiano no tanto convencido como natural, espontáneo. Y la síntesis de estas dos cualidades: que Pablo fue mi profesor en un inigualable curso sobre Albert Camus. De allí que lo lleve en la entraña de mi amor compartido por Camus y que lo pondere con el cariño del discípulo bien iluminado.

Pablo, además de escritor prolífico, ha formado ya a muchos estudiantes de pregrado y de postgrado de la ciudad, y hoy es una voz y una imagen reconocida por sus programas de difusión literaria. Pero más que ser una voz, una imagen o un icono docente es una pasión literaria, es un hombre letra con sangre de tinta—si se me permite el clisé—, con oído de músico sensible a la voz de las musas, y con manos de artesano con las que pacientemente pule, mejora y cincela. Más que una metáfora, lo que acabo de decir también tiene que ver con él, porque Pablo es músico de formación: sabe oír y hace oír... ya conocemos algunas de sus viñetas o acuarelas de compositores: Mahler, Satie, Stravinski... desfilan entre sus escritos (y estamos esperando una compilación prometida de todos ellos). Y es también el Pablo, si se me permite la revelación de una anécdota

<sup>1</sup> Este texto fue leído en el lanzamiento del libro *Los derrotados* del escritor y profesor de literatura de la Universidad de Antioquia Pablo Montoya, en la Universidad de Medellín el 25 de mayo de 2012. Para esa ocasión se dio inicio al Taller de Escritores organizado por el Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín, bajo la dirección del escritor Pablo Montoya.

<sup>2</sup> Abogado de la Universidad de Medellín, especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Actualmente Subsecretario General de la Universidad de Medellín. Correo electrónico: [lcadavid@udem.edu.co](mailto:lcadavid@udem.edu.co)

personal, que se hizo una vida en el exilio tocando flauta, arrancando con notas la solidaridad de transeúntes cansados, tocándole al tedio y al hollín como afirmación de una desesperanza que se supera y que se impone a sí misma.

Quienes han o hemos trasegado por su bibliografía habrán notado que no obstante la calidad literaria de su prosa pulida, precisa, sin truculencias, y de sus logros poéticos de la más alta factura entre nuestras letras contemporáneas, Pablo ha publicado siempre o casi siempre en editoriales que están en los márgenes de la industria editorial. Y no es que esto sea una virtud en sí, porque no siempre es una elección, pero cuando ocurre en una persona como él me permito creer que así es, y que hay allí todo un manifiesto, toda una intención sobre lo que es la literatura, sobre lo que debe ser. Ese andarse en el margen es la forma de la rebelión que esbozó Camus, la del hombre que dice NO. No lo hemos visto ni creo que lo veremos acudir al escándalo (como hacen buenos y malos escritores), ni a la procacidad para llamar la atención y hacer la entrada victoriosa en el mundo de la farándula y en el espectáculo, en el que parecen sentirse tan cómodos sus contemporáneos, y donde reciben los aplausos apresurados e inconstantes del "gran público". No acude a golpes de efecto ni a promociones discursivas complacientes con el fin de ganar lectores como se ganan seguidores, a punta de hipidos, en las redes sociales o en los medios de masas. No acude a la fórmula porque cada poemario, cada libro de cuentos y cada novela es una reinención de sí mismo. Pablo cree en la verdad y, además de creer en ella, sabe decirla. Porque, si no ¿qué otra cosa es el aura del artista?, y no le teme hacerlo y por ello no puede transigir con una industria que encumbra *vedettes* pero confina el pensamiento.

Muy a propósito de la rebelión y del confinamiento del pensar, es su último libro llamado *Los derrotados*, publicado por Sílabas Editores, una novela que en realidad son dos: de una parte la historia de Francisco José de Caldas "el Sabio Caldas", y de la otra una breve historia de la violencia de la segunda mitad del siglo XX colombiano, sin duda enraizada en esa época colonial pero devenida en la pérdida de la esperanza y en el fracaso de la última gran utopía. En realidad Pablo se hace una pregunta que ya ha sido formulada, según la cual, ¿cómo sería la historia contada por los derrotados de la historia? Pero en el libro en cuestión no es tanto la pregunta por la quimera hipotética de cómo hubieran sido las cosas si quienes fueron vencidos hubieran sido vencedores, sino la indagación de cómo han sido vencidos los vencidos, oponiéndose a la historia oficial escrita con mayúsculas que aclama el "genio de la historia", el providencialismo de los vencedores, el favoritismo de los dioses o las bienaventuranzas del azar en pro de los amos del mundo: la revelación de cómo han sido vencidos los derrotados finalmente nos dice más de los vencedores, revela la faz que oculta la historia narrada por ellos mismos, pone en falta y en evidencia la crueldad, el odio y la perfidia de los triunfadores. Y así como diría Sartre, revela la mala fe de quienes

han construido un relato del mundo que niega o invisibiliza a los otros, reconociendo como único, auténtico y necesario el propio y burgués modo de ver y hacer las cosas.

Por la parte que llamaré de Caldas, creo que Pablo ha encontrado una síntesis poética genial de su oficio de escritor. De un lado nos enseña sus destrezas como novelista histórico, que ya había probado en *Lejos de Roma* con la historia del exilio de Ovidio y en las prosas de *Adiós a los Próceres*. La recreación de la aventura del naturalista payanés, la encarnación del personaje, su último momento de vida antes del fusilamiento, pero sobre todo, el diario poético, son cimas de la escritura que dan cuenta de su madurez y valor literario. ¿Quién dijo que hoy, o después de Auschwitz (Adorno), no era posible hacer poesía o escribirles a las flores o sobre las flores? ¿Es que acaso no quedó sepultado el romanticismo y sus loas a la naturaleza? Pues bien, hay un alguien que puede hacerlo, desmarcado de cursilería, limpio de romanticismos rancios, y que además en el mismo texto puede hablar de la Independencia de Colombia y de la historia trunca de la guerrilla del EPL y de las masacres cometidas por el radicalismo sanguinario colombiano. Mientras que Fernando Vallejo lanza su biografía de Rufino José Cuervo y afirma el género (el biográfico) como oposición a la novela biográfica o biografía novelada (que ve como géneros menores por no decir insignificantes), con *Los derrotados* la rotundidad y la ortodoxia de Vallejo se diluyen frente al talento y el hecho incontestable de que no es el dato notarial el que aporta al hecho histórico sino el matiz y el decir poético los que rescatan, agrandan, empequeñecen o ponen en sus justas dimensiones a la historia y sus protagonistas.

El otro lado de la novela, que llamaré el lado de la historia de la guerra de hoy, describe el nacimiento, la degeneración y la extinción, en parte de la izquierda, y en parte de uno de los grupos guerrilleros que han hecho parte del conflicto y de la degradación de un proyecto de civilización. Aquí se constata lo que ya anuncié un poco más arriba, esto es, la vigencia de la historia novelada, en tanto que solo desde ese acercamiento que permite la ficción, desde esa intimidad creada entre lector y personaje, es posible un entendimiento compasivo y racional del conflicto existencial y social del hombre. Solo así, acercándose a la intimidad de esos “monstruos” contruidos a la talla del relato oficial, comprenderemos un poco lo que hubo en el origen, y las causas de la degeneración. Y ver las cosas así de cerca es lo que quizá no gusta al poder porque entonces comprendemos que los límites de la culpa se diluyen o como gotas de aceite en el agua o se dividen, cambian de forma, de lugar, de correspondencia de agrupamiento. Y terminamos por confundirnos, y en la confusión también hay comprensión, porque no sabemos si es más monstruo el monstruo o quien lo ha fabricado. Porque a fin de cuentas cabe plantearse si las utopías guerrilleras fueron en su origen tan escabrosas y terribles, tan inhumanas y brutales, o si

fue la fuerza de resistencia de nuestro establecimiento la que las degeneró, la que con la guerra sucia de las desapariciones, de la represión y de la brutalidad, del feudalismo de estado y de la democracia cerrada y plebiscitaria, las convirtió en lo que hoy son. También caben las paradojas y la novela no se ha propuesto responder las preguntas que nos hacemos.

No diré, como dicen los editores que este libro o los demás libros de Pablo, que se trata de una "lectura imprescindible", pues no leemos por la obligación de leer o por la inevitabilidad o imprescindibleidad de los escritores, porque, después de todo, recordando a Nietzsche, "nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que sabe" (*Ecce Homo*), y como dice Robert Walser "los escritores brotan de la tierra" y hoy más que nunca se reproducen y se multiplican como apéndices del entretenimiento. Diré simplemente que *Los derrotados* vale la pena por el espíritu de aventura, por el ejercicio de la libertad que implica ir al encuentro de un hombre que ha vivido, que quiere la verdad y rinde testimonio de ella a través de historias y personajes, por aquel simple pero fundamental hecho que describía Nicolás Gómez Dávila de "recibir un choque, de sentir un golpe, de hallar un obstáculo que sustituya la ductilidad perezosa de nuestro pensamiento y nos ponga en los carriles de ese pensamiento ajeno, concluido, duro". Pero, además, por la oportunidad de descubrir la otra historia, la de ayer y la de ahora, que se funden en una sumatoria incontable de derrotas, fraguadas en sangre, lastradas de pérdida y desilusión.

Pero la anterior conclusión no implica a Pablo. Que su novela ponga en evidencia el fracaso y la desilusión no nos pone de cara ante un nihilista. Recordando a Magris "el desencanto es una forma irónica y melancólica de la esperanza"... Pablo encarna esa faz de la esperanza, y nada más diciente de ello, de su voluntad de vivir, que el hecho de que hoy nos acompañe para instalar un nuevo taller de escritores que también dirigirá. Valga anotar que el experimento ya se ha hecho en otras épocas... estuvo por este claustro el fallecido Jaime Espinel "Barquillo"... y en otros años se celebraba un importante concurso de cuento por el que se dieron a conocer algunos escritores vivos de nuestro país. Creo que un taller de escritores es la oportunidad para ser mejor lector, este es un espacio ante todo formador de buenos lectores y del gusto. Y aunque hablar de gusto es polémico, sin gusto no hay valor, y sin valor no hay juicio. El oficio de escritor se aprende en el hacer y deshacer, en la praxis cotidiana, en el ensayo y en el error. Pero el gusto literario se acrisola en la lectura, y la belleza en sí se encuentra, como decía Borges, en una sensación física, "no se llega a ella por medio de reglas; sentimos la belleza o no la sentimos". Así que en ese orden de ideas y de cosas, es mucho lo que tiene que hacer cada cual que asista a estas discusiones y poco lo que pueda hacer quien lo dirija o lo coordine.

Pero desde otra perspectiva, desde la del debate de lo que debe ser la li-

teratura, de lo que puede ser, de lo que debe ser un escritor estamos frente a un abismo y, para arrostrarlo con nosotros, creemos que está Pablo hoy-aquí. ¿Habrá que arrojarse al vacío cerrando los ojos y tapándose la nariz para ver qué pasa? ¿Encontraremos una fórmula mágica, esencial o racional de superarlo?, ¿o el abismo es el puro desafío, es la apertura total como llamado a la creación? Vivimos una época abandonada de experiencia, episódica, en un tiempo ya no cronológico o lineal o sincrónico sino meramente puntillista... vivimos a espasmos, en un totalitarismo liviano, fluido, un absolutismo del consumo que parece abierto a la pluralidad pero que convierte en mercancía la diferencia, la cultura, el arte, la política y el pensamiento. ¿Qué será del escritor de este tiempo?, ¿qué deberá ser un escritor? En una vuelta al principio, recuerdo las palabras de nuestro querido Camus en el discurso de Estocolmo:

El arte no es a mis ojos un placer solitario. Es un medio para conmover al mayor número posible de personas, al ofrecerles una imagen privilegiada de los sufrimientos y alegrías comunes [...] El artista se forma en esta perpetua ida y vuelta de sí a los demás, a medio camino entre la belleza, de la que no puede prescindir, y la comunidad, de la que no puede extirparse.

En una época eufórica y espectacular, pero oscura y absolutista, deberíamos reivindicar una literatura de rebelión, una literatura que diga NO y que resista al espíritu de la época. Debemos, en estos escenarios pensar y reconfigurar la tarea ética del escritor, que, en palabras de Susan Sontag, no es la de ser "creador sino destructor: destructor de la introspección superficial, de la idea consoladora de lo universalmente humano, de la creatividad del aficionado y de las frases vacías". He aquí el reto. Bienvenido, querido Pablo.